Sede Apostólica
Santo Padre
Francisco

Discurso

Viaje Apostólico a Brasil con ocasión de la 28ª Jornada Mundial de la Juventud 2013 - Río de Janeiro

Encuentro con el Comité de coordinación del CELAM

28 de julio de 2013

---

1. Introducción

Agradezco al Señor esta oportunidad de poder hablar con vosotros, hermanos obispos, como responsables del CELAM entre 2011 y 2015. Hace 57 años que el CELAM sirve a las 22 conferencias episcopales de América Latina y el Caribe, colaborando solidaria y subsidiariamente para promover, impulsar y dinamizar la colegialidad episcopal y la comunión entre las Iglesias de esta región y sus pastores.

Como vosotros, también yo soy testigo del fuerte impulso del Espíritu en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Aparecida, en mayo de 2007, que sigue animando los trabajos del CELAM para la anhelada renovación de las Iglesias particulares. Esta renovación, en buena parte de ellas, se encuentra ya en marcha. Quisiera centrar esta conversación en el patrimonio heredado de aquel encuentro fraterno, que todos hemos bautizado como Misión Continental.

2. Características peculiares de Aparecida

Existen cuatro características que son propias de la V Conferencia; son como las cuatro columnas del desarrollo de Aparecida, y le confieren su originalidad.

1. *Inicio sin documento*: Medellín, Puebla y Santo Domingo comenzaron sus trabajos habiendo recorrido un camino de preparación, que culminó en una especie de *Instrumentum laboris*, con el cual se desarrolló la discusión, reflexión y aprobación del documento final. En cambio, Aparecida promovió la participación de las Iglesias particulares como camino de preparación, lo que culminó en un documento de síntesis. Este documento, si bien sirvió de referencia durante la V Conferencia General, no se asumió como documento de partida. El trabajo inicial consistió en poner en común las preocupaciones de los pastores ante el cambio de época, y la necesidad de renovar la vida discipular y misionera con la que Cristo fundó la Iglesia.

2. *Ambiente de oración con el Pueblo de Dios*: Es importante recordar el ambiente de oración generado por el compartir diario de la Eucaristía y otros momentos litúrgicos, donde siempre estuvimos acompañados por el Pueblo de Dios. Por otro lado, puesto que los trabajos tenían lugar en el subsuelo del Santuario, la ”música funcional” que los acompañaba fueron los cánticos y oraciones de los fieles.

3. *Documento que se prolonga en compromiso, con la Misión Continental*: En este contexto de oración y vivencia de fe, surgió el deseo de un nuevo Pentecostés para la Iglesia, y el compromiso de la Misión Continental. Aparecida no termina con su Documento, sino que se prolonga en la Misión Continental.

4. *Presencia de Nuestra Señora, Madre de América*: Es la primera Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe que se realiza en un santuario mariano.

3. Dimensiones de la Misión Continental

La Misión Continental se proyecta en dos dimensiones: programática y paradigmática. La misión programática, como su nombre indica, consiste en la realización de actos de índole misionera. La misión paradigmática, en cambio, implica poner en clave misionera la actividad habitual de las Iglesias particulares. Evidentemente, aquí se da como consecuencia toda una dinámica de reforma de las estructuras eclesiales. El ”cambio de estructuras”, de obsoletas a nuevas, no es fruto de un estudio de organización de la planta funcional eclesiástica, de lo cual resultaría una reorganización estática, sino que es consecuencia de la dinámica de la misión. Lo que hace caer las estructuras obsoletas, lo que lleva a cambiar los corazones de los cristianos, es precisamente la *misionariedad*. De ahí la importancia de la misión paradigmática.

La Misión Continental, sea programática, sea paradigmática, exige generar la conciencia de una Iglesia que se organiza para servir a todos los bautizados y hombres de buena voluntad. El discípulo de Cristo no es una persona aislada en una espiritualidad intimista, sino una persona en comunidad, que se da a los demás. La Misión Continental, por tanto, implica *pertenencia eclesial*.

Un planteamiento como este, que comienza por el discipulado misionero e implica comprender la identidad del cristiano como pertenencia eclesial, nos pide que explicitemos cuáles son los *desafíos vigentes* de la misionariedad discipular. Señalaré solamente dos: la renovación interna de la Iglesia y el diálogo con el mundo actual.

Renovación interna de la Iglesia

Aparecida ha propuesto como necesaria la conversión pastoral. Esta conversión implica creer en la Buena Nueva; creer en Jesucristo portador del reino de Dios, en su irrupción en el mundo, en su presencia victoriosa sobre el mal; creer en la asistencia y conducción del Espíritu Santo; y creer en la Iglesia, Cuerpo de Cristo y prolongadora del dinamismo de la encarnación.

En este sentido, es necesario que, como pastores, nos planteemos interrogantes acerca de la marcha de las Iglesias que presidimos. Estas preguntas sirven de guía para examinar el estado de las diócesis en la asunción del espíritu de Aparecida, y son preguntas que conviene que nos hagamos frecuentemente como examen de conciencia.

1. ¿Procuramos que nuestro trabajo y el de nuestros presbíteros sea más pastoral que administrativo? ¿Quién es el principal beneficiario de la labor eclesial: la Iglesia como organización, o el Pueblo de Dios en su totalidad?

2. ¿Superamos la tentación de atender de manera reactiva los complejos problemas que surgen? ¿Creamos un hábito *pro*activo? ¿Promovemos espacios y ocasiones para manifestar la misericordia de Dios? ¿Somos conscientes de la responsabilidad de replantear las actitudes pastorales y el funcionamiento de las estructuras eclesiales, buscando el bien de los fieles y de la sociedad?

3. En la práctica, ¿hacemos partícipes de la Misión a los fieles laicos? ¿Ofrecemos la Palabra de Dios y los sacramentos con la clara conciencia y convicción de que el Espíritu se manifiesta en ellos?

4. ¿Es un criterio habitual el discernimiento pastoral mediante los consejos diocesanos? Estos consejos y los parroquiales de pastoral y de asuntos económicos, ¿son realmente espacios para la participación laical en la consulta, organización y planificación pastoral? El buen funcionamiento de los consejos es determinante. Creo que estamos muy atrasados en esto.

5. Los pastores, obispos y presbíteros, ¿tenemos conciencia y convicción de la misión de los fieles, y les damos la libertad para que vayan discerniendo, conforme a su proceso de discípulos, la misión que el Señor les confía? ¿Los apoyamos y acompañamos, superando cualquier tentación de manipulación o sometimiento indebido? ¿Estamos siempre abiertos a dejarnos interpelar en la búsqueda del bien de la Iglesia y de su misión en el mundo?

6. Los agentes de pastoral y los fieles en general, ¿se sienten parte de la Iglesia, se identifican con ella y se la acercan a los bautizados distanciados?

Como se puede apreciar, aquí están en juego *actitudes*. La conversión pastoral atañe principalmente a las actitudes y a una reforma de vida. Un cambio de actitudes es necesariamente dinámico, es un proceso, y solo puede ser encauzado acompañándolo y discerniendo. Es importante tener siempre presente que la brújula para no perderse en este camino es la de la identidad católica, concebida como pertenencia eclesial.

Diálogo con el mundo actual

Es bueno recordar las palabras del Concilio Vaticano II: Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo (cf. *Gaudium et spes*, 1). Ahí reside el fundamento del diálogo con el mundo actual.

La respuesta a las preguntas existenciales del hombre de hoy, especialmente de las nuevas generaciones, atendiendo a su lenguaje, entraña un cambio fecundo que hay que recorrer con la ayuda del Evangelio, del Magisterio y de la Doctrina Social de la Iglesia. Los escenarios y areópagos son de lo más variado. Por ejemplo, en una misma ciudad, existen varios imaginarios colectivos que conforman ”diversas ciudades”. Si nos mantenemos solamente en los parámetros de ”la cultura de siempre”, en el fondo una cultura de base rural, el resultado terminará anulando la fuerza del Espíritu Santo. Dios está en todas partes; hay que saber descubrirlo para poder anunciarlo en el idioma de esa cultura, y cada realidad, cada idioma, tiene un ritmo distinto.

4. Algunas tentaciones contra el discipulado misionero

La opción por la misionariedad del discípulo sufrirá tentaciones. Es importante saber cómo actúa el mal para ayudarnos en el discernimiento. No se trata de salir a cazar demonios, sino simplemente de lucidez y astucia evangélica. Menciono solo algunas actitudes que caracterizan a una Iglesia ”tentada”. Se trata de conocer ciertas propuestas actuales que pueden camuflarse en la dinámica del discipulado misionero y detener, e incluso hacer fracasar, el proceso de conversión pastoral.

1. *Ideologización del mensaje evangélico*. Es una tentación que se dio en la Iglesia desde el principio: buscar una hermenéutica de interpretación evangélica fuera del mismo mensaje del Evangelio y fuera de la Iglesia. Un ejemplo: Aparecida, en un momento, sufrió esta tentación bajo la forma de asepsia. Se utilizó, y está bien, el método de ver, juzgar y actuar (cf. n. 19). La tentación estaría en optar por un ”ver” totalmente aséptico, un ”ver” neutro, lo cual es inviable. El ver siempre está afectado por la mirada; no existe una hermenéutica aséptica. La pregunta era, entonces: ¿con qué mirada vamos a ver la realidad? Aparecida respondió: con mirada de discípulo. Así se entienden los números 20 al 32. Hay otras formas de ideologización del mensaje, y actualmente aparecen en Latinoamérica y el Caribe propuestas de esta índole. Menciono solo algunas:

a) Reduccionismo socializante. Es la ideologización más fácil de descubrir. En algunos momentos fue muy fuerte. Se trata de una pretensión interpretativa en base a una hermenéutica según las ciencias sociales. Abarca los campos más variados, desde el liberalismo de mercado hasta planteamientos marxistas.

b) Ideologización psicológica. Se trata de una hermenéutica elitista que, en definitiva, reduce el encuentro con Jesucristo y su posterior desarrollo a una dinámica de autoconocimiento. Suele darse principalmente en cursos de espiritualidad, retiros espirituales, etc. Termina por resultar una postura inmanente autorreferencial, que no sabe de trascendencia ni, por tanto, de misionariedad.

c) Propuesta gnóstica. Bastante ligada a la tentación anterior. Suele darse en grupos de élites con una propuesta de espiritualidad superior, bastante desencarnada, que termina por desembarcar en posturas pastorales de *quaestiones disputatae*. Fue la primera desviación de la comunidad primitiva, y a lo largo de la historia de la Iglesia reaparece en ediciones corregidas y renovadas. Vulgarmente se los denomina ”católicos ilustrados”, por ser actualmente herederos de la Ilustración.

d) Propuesta pelagiana. Aparece fundamentalmente bajo la forma de restauracionismo. Ante los males de la Iglesia, se busca una solución solo en la disciplina, en la restauración de conductas y formas superadas que no tienen una capacidad significativa, ni siquiera culturalmente. En América Latina suele darse en pequeños grupos y en algunas nuevas congregaciones religiosas, con tendencias exageradas a la ”seguridad” doctrinal o disciplinaria. Fundamentalmente es estática, si bien puede prometerse una dinámica hacia adentro: involuciona. Busca ”recuperar” el pasado perdido.

2. *Funcionalismo*. Su acción en la Iglesia es paralizante. Más que con la ruta, se entusiasma con la ”hoja de ruta”. La concepción funcionalista no admite el misterio, va a la eficacia; reduce la realidad de la Iglesia a la estructura de una ONG. Lo que vale es el resultado constatable y las estadísticas; de ahí se pasa a todas las modalidades empresariales de Iglesia. Constituye una especie de ”teología de la prosperidad” en lo organizativo de la pastoral.

3. *Clericalismo*. Es también una tentación muy actual en Latinoamérica. Curiosamente, en la mayoría de los casos, se trata de una complicidad pecadora: el cura clericaliza, y el laico le pide por favor que lo clericalice, porque en el fondo le resulta más cómodo. El fenómeno del clericalismo explica, en gran parte, la falta de adultez y de libertad cristiana en parte del laicado latinoamericano. O no crece —la mayoría—, o se camufla bajo cobertizos de ideologizaciones como las ya vistas, o en pertenencias parciales y limitadas. Existe en nuestras tierras una forma de libertad laical a través de experiencias populares: el católico como pueblo. Ahí se ve una mayor autonomía, sana en general, que se expresa fundamentalmente en la piedad popular. El capítulo de Aparecida sobre la piedad popular describe con profundidad esta dimensión. La propuesta de los grupos bíblicos, de las comunidades eclesiales de base y de los consejos pastorales va en la línea de la superación del clericalismo y de un crecimiento de la responsabilidad laical.

Podríamos seguir describiendo algunas otras tentaciones contra el discipulado misionero, pero creo que estas son las más importantes y de más fuerza en este momento de América Latina y el Caribe.

5. Algunas pautas eclesiológicas

1. El discipulado misionero que Aparecida propuso a las Iglesias de América Latina y el Caribe es el camino que Dios quiere para este ”hoy”. Toda proyección utópica —hacia el futuro— o restauracionista —hacia el pasado— no es espiritualmente sana. Dios es real y se manifiesta en el ”hoy”; hacia el pasado, su presencia se nos da como memoria de la gesta de salvación, sea en su pueblo, sea en cada uno de nosotros; hacia el futuro, se nos da como promesa y esperanza. En el pasado, Dios estuvo y dejó su huella: la memoria nos ayuda a encontrarlo; en el futuro, solo es promesa... y no está en los mil y un ”futuribles”. El ”hoy” es lo más parecido a la eternidad; más aún, el ”hoy” es chispa de eternidad. En el ”hoy” se juega la vida eterna.

El discipulado misionero es vocación: llamada e invitación. Se da en un ”hoy”, pero ”en tensión”; no existe el discipulado misionero estático. El discípulo misionero no puede poseerse a sí mismo; su inmanencia está en tensión hacia la trascendencia del discipulado y hacia la trascendencia de la misión. No admite la autorreferencialidad: o se refiere a Jesucristo, o se refiere al pueblo al que Él debe ser anunciado. Es un sujeto que se trasciende a sí mismo y se proyecta hacia el encuentro con el Maestro, que nos unge discípulos, y con los hombres que esperan el anuncio.

Por eso, me gusta decir que la posición del discípulo misionero no es una posición de centro, sino de periferias: vive tensionado hacia las periferias... incluso las de la eternidad en el encuentro con Jesucristo. En el anuncio evangélico, hablar de ”periferias existenciales” *des*centra, y habitualmente tenemos miedo a salir del centro. El discípulo misionero no tiene centro: el centro es Jesucristo, que convoca y envía. El discípulo es enviado a las periferias existenciales.

2. La Iglesia es institución, pero cuando se erige en ”centro” se funcionaliza y poco a poco se transforma en una ONG. Entonces, la Iglesia pretende tener luz propia y deja de ser ese *misterium lunae* del que nos hablaban los Santos Padres; se vuelve cada vez más autorreferencial y se debilita su necesidad de ser misionera. De ”institución” se transforma en ”obra”; deja de ser Esposa para terminar siendo admi-

nistradora; de servidora se transforma en ”controladora”. Aparecida quiere una Iglesia Esposa, Madre, Servidora, facilitadora de la fe y no tanto controladora de la fe.

3. En Aparecida se dan de manera relevante dos categorías pastorales que surgen de la misma originalidad del Evangelio y que también pueden servirnos de pauta para evaluar el modo en que vivimos eclesialmente el discipulado misionero: *la cercanía y el encuentro*. Ninguna de las dos es nueva, y ambas conforman la manera en que Dios se ha revelado en la historia. Es el ”Dios cercano” a su pueblo, cercanía que llega al máximo al encarnarse; es el Dios que sale al encuentro de su pueblo. Existen en América Latina y el Caribe pastorales ”lejanas”, pastorales disciplinarias que privilegian los principios, las conductas, los procedimientos organizativos... por supuesto, sin cercanía, sin ternura, sin caricia; se ignora la ”revolución de la ternura” que provocó la encarnación del Verbo. Hay pastorales planteadas con tal dosis de distancia que son incapaces de lograr el encuentro: encuentro con Jesucristo, encuentro con los hermanos. Este tipo de pastorales como mucho pueden prometer una dimensión de proselitismo, pero nunca llegan a lograr ni inserción eclesial ni pertenencia eclesial. La cercanía crea comunión y pertenencia, da lugar al encuentro; la cercanía toma forma de diálogo y crea una cultura del encuentro. Una piedra de toque para calibrar la cercanía y la capacidad de encuentro de una pastoral es la homilía. ¿Cómo son nuestras homilías? ¿Nos acercan al ejemplo de nuestro Señor, que hablaba «*como quien tiene autoridad*» (Mt 7,29), o son meramente preceptivas, lejanas, abstractas?

4. Quien conduce la pastoral, la Misión Continental —ya sea programática o paradigmática—, es el obispo. El obispo debe conducir, que no es lo mismo que ser autoritario. Además de señalar las grandes figuras del episcopado latinoamericano que todos conocemos, quisiera añadir aquí algunas líneas sobre el perfil del obispo que ya dije a los nuncios en la reunión que tuvimos en Roma. Los obispos han de ser pastores, cercanos a la gente, padres y hermanos, personas llenas de mansedumbre, pacientes y misericordiosos. Hombres que amen la pobreza, igual la pobreza interior como libertad ante el Señor, que la pobreza exterior como simplicidad y austeridad de vida. Hombres que no tengan ”psicología de príncipes”. Hombres que no sean ambiciosos y que sean esposos de una Iglesia sin estar a la expectativa de nada más. Hombres capaces de estar velando al rebaño que les ha sido confiado y cuidando todo aquello que lo mantiene unido: vigilar a su pueblo con atención ante los eventuales peligros que lo amenacen, pero sobre todo para cuidar la esperanza: que haya sol y luz en los corazones. Hombres capaces de apoyar con amor y paciencia los pasos de Dios en su pueblo. Y el sitio para que el obispo esté con su pueblo es triple: o delante para indicar el camino; o en medio para mantenerlo unido y neutralizar las desbandadas; o detrás para evitar que alguno se quede rezagado, pero también, y fundamentalmente, porque el rebaño mismo tiene olfato para encontrar nuevos caminos.

No quisiera abundar en más detalles sobre la persona del obispo, sino simplemente añadir, incluyéndome en esta afirmación, que vamos un poquito retrasados en lo que a conversión pastoral se refiere. Conviene que nos ayudemos un poco más a dar los pasos que el Señor quiere para nosotros en este ”hoy” de América Latina y el Caribe. Y sería bueno comenzar por aquí.

Os agradezco la paciencia al escucharme. Perdonad el desorden de la charla, y, por favor, os pido que tomemos en serio nuestra vocación de servidores del santo Pueblo fiel de Dios, porque en esto se ejercita y se muestra la autoridad: en la capacidad de servicio. Muchas gracias.

Sede Apostólica
Santo Padre
Francisco

Discurso

Viaje Apostólico a Brasil con ocasión de la 28ª Jornada Mundial de la Juventud 2013 - Río de Janeiro

Encuentro con el Comité de coordinación del CELAM

28 de julio de 2013

---

1. Introducción

Agradezco al Señor esta oportunidad de poder hablar con vosotros, hermanos obispos, como responsables del CELAM entre 2011 y 2015. Hace 57 años que el CELAM sirve a las 22 conferencias episcopales de América Latina y el Caribe, colaborando solidaria y subsidiariamente para promover, impulsar y dinamizar la colegialidad episcopal y la comunión entre las Iglesias de esta región y sus pastores.

Como vosotros, también yo soy testigo del fuerte impulso del Espíritu en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe en Aparecida, en mayo de 2007, que sigue animando los trabajos del CELAM para la anhelada renovación de las Iglesias particulares. Esta renovación, en buena parte de ellas, se encuentra ya en marcha. Quisiera centrar esta conversación en el patrimonio heredado de aquel encuentro fraterno, que todos hemos bautizado como Misión Continental.

2. Características peculiares de Aparecida

Existen cuatro características que son propias de la V Conferencia; son como las cuatro columnas del desarrollo de Aparecida, y le confieren su originalidad.

1. *Inicio sin documento*: Medellín, Puebla y Santo Domingo comenzaron sus trabajos habiendo recorrido un camino de preparación, que culminó en una especie de *Instrumentum laboris*, con el cual se desarrolló la discusión, reflexión y aprobación del documento final. En cambio, Aparecida promovió la participación de las Iglesias particulares como camino de preparación, lo que culminó en un documento de síntesis. Este documento, si bien sirvió de referencia durante la V Conferencia General, no se asumió como documento de partida. El trabajo inicial consistió en poner en común las preocupaciones de los pastores ante el cambio de época, y la necesidad de renovar la vida discipular y misionera con la que Cristo fundó la Iglesia.

2. *Ambiente de oración con el Pueblo de Dios*: Es importante recordar el ambiente de oración generado por el compartir diario de la Eucaristía y otros momentos litúrgicos, donde siempre estuvimos acompañados por el Pueblo de Dios. Por otro lado, puesto que los trabajos tenían lugar en el subsuelo del Santuario, la ”música funcional” que los acompañaba fueron los cánticos y oraciones de los fieles.

3. *Documento que se prolonga en compromiso, con la Misión Continental*: En este contexto de oración y vivencia de fe, surgió el deseo de un nuevo Pentecostés para la Iglesia, y el compromiso de la Misión Continental. Aparecida no termina con su Documento, sino que se prolonga en la Misión Continental.

4. *Presencia de Nuestra Señora, Madre de América*: Es la primera Conferencia del Episcopado Latinoamericano y del Caribe que se realiza en un santuario mariano.

3. Dimensiones de la Misión Continental

La Misión Continental se proyecta en dos dimensiones: programática y paradigmática. La misión programática, como su nombre indica, consiste en la realización de actos de índole misionera. La misión paradigmática, en cambio, implica poner en clave misionera la actividad habitual de las Iglesias particulares. Evidentemente, aquí se da como consecuencia toda una dinámica de reforma de las estructuras eclesiales. El ”cambio de estructuras”, de obsoletas a nuevas, no es fruto de un estudio de organización de la planta funcional eclesiástica, de lo cual resultaría una reorganización estática, sino que es consecuencia de la dinámica de la misión. Lo que hace caer las estructuras obsoletas, lo que lleva a cambiar los corazones de los cristianos, es precisamente la *misionariedad*. De ahí la importancia de la misión paradigmática.

La Misión Continental, sea programática, sea paradigmática, exige generar la conciencia de una Iglesia que se organiza para servir a todos los bautizados y hombres de buena voluntad. El discípulo de Cristo no es una persona aislada en una espiritualidad intimista, sino una persona en comunidad, que se da a los demás. La Misión Continental, por tanto, implica *pertenencia eclesial*.

Un planteamiento como este, que comienza por el discipulado misionero e implica comprender la identidad del cristiano como pertenencia eclesial, nos pide que explicitemos cuáles son los *desafíos vigentes* de la misionariedad discipular. Señalaré solamente dos: la renovación interna de la Iglesia y el diálogo con el mundo actual.

Renovación interna de la Iglesia

Aparecida ha propuesto como necesaria la conversión pastoral. Esta conversión implica creer en la Buena Nueva; creer en Jesucristo portador del reino de Dios, en su irrupción en el mundo, en su presencia victoriosa sobre el mal; creer en la asistencia y conducción del Espíritu Santo; y creer en la Iglesia, Cuerpo de Cristo y prolongadora del dinamismo de la encarnación.

En este sentido, es necesario que, como pastores, nos planteemos interrogantes acerca de la marcha de las Iglesias que presidimos. Estas preguntas sirven de guía para examinar el estado de las diócesis en la asunción del espíritu de Aparecida, y son preguntas que conviene que nos hagamos frecuentemente como examen de conciencia.

1. ¿Procuramos que nuestro trabajo y el de nuestros presbíteros sea más pastoral que administrativo? ¿Quién es el principal beneficiario de la labor eclesial: la Iglesia como organización, o el Pueblo de Dios en su totalidad?

2. ¿Superamos la tentación de atender de manera reactiva los complejos problemas que surgen? ¿Creamos un hábito *pro*activo? ¿Promovemos espacios y ocasiones para manifestar la misericordia de Dios? ¿Somos conscientes de la responsabilidad de replantear las actitudes pastorales y el funcionamiento de las estructuras eclesiales, buscando el bien de los fieles y de la sociedad?

3. En la práctica, ¿hacemos partícipes de la Misión a los fieles laicos? ¿Ofrecemos la Palabra de Dios y los sacramentos con la clara conciencia y convicción de que el Espíritu se manifiesta en ellos?

4. ¿Es un criterio habitual el discernimiento pastoral mediante los consejos diocesanos? Estos consejos y los parroquiales de pastoral y de asuntos económicos, ¿son realmente espacios para la participación laical en la consulta, organización y planificación pastoral? El buen funcionamiento de los consejos es determinante. Creo que estamos muy atrasados en esto.

5. Los pastores, obispos y presbíteros, ¿tenemos conciencia y convicción de la misión de los fieles, y les damos la libertad para que vayan discerniendo, conforme a su proceso de discípulos, la misión que el Señor les confía? ¿Los apoyamos y acompañamos, superando cualquier tentación de manipulación o sometimiento indebido? ¿Estamos siempre abiertos a dejarnos interpelar en la búsqueda del bien de la Iglesia y de su misión en el mundo?

6. Los agentes de pastoral y los fieles en general, ¿se sienten parte de la Iglesia, se identifican con ella y se la acercan a los bautizados distanciados?

Como se puede apreciar, aquí están en juego *actitudes*. La conversión pastoral atañe principalmente a las actitudes y a una reforma de vida. Un cambio de actitudes es necesariamente dinámico, es un proceso, y solo puede ser encauzado acompañándolo y discerniendo. Es importante tener siempre presente que la brújula para no perderse en este camino es la de la identidad católica, concebida como pertenencia eclesial.

Diálogo con el mundo actual

Es bueno recordar las palabras del Concilio Vaticano II: Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo (cf. *Gaudium et spes*, 1). Ahí reside el fundamento del diálogo con el mundo actual.

La respuesta a las preguntas existenciales del hombre de hoy, especialmente de las nuevas generaciones, atendiendo a su lenguaje, entraña un cambio fecundo que hay que recorrer con la ayuda del Evangelio, del Magisterio y de la Doctrina Social de la Iglesia. Los escenarios y areópagos son de lo más variado. Por ejemplo, en una misma ciudad, existen varios imaginarios colectivos que conforman ”diversas ciudades”. Si nos mantenemos solamente en los parámetros de ”la cultura de siempre”, en el fondo una cultura de base rural, el resultado terminará anulando la fuerza del Espíritu Santo. Dios está en todas partes; hay que saber descubrirlo para poder anunciarlo en el idioma de esa cultura, y cada realidad, cada idioma, tiene un ritmo distinto.

4. Algunas tentaciones contra el discipulado misionero

La opción por la misionariedad del discípulo sufrirá tentaciones. Es importante saber cómo actúa el mal para ayudarnos en el discernimiento. No se trata de salir a cazar demonios, sino simplemente de lucidez y astucia evangélica. Menciono solo algunas actitudes que caracterizan a una Iglesia ”tentada”. Se trata de conocer ciertas propuestas actuales que pueden camuflarse en la dinámica del discipulado misionero y detener, e incluso hacer fracasar, el proceso de conversión pastoral.

1. *Ideologización del mensaje evangélico*. Es una tentación que se dio en la Iglesia desde el principio: buscar una hermenéutica de interpretación evangélica fuera del mismo mensaje del Evangelio y fuera de la Iglesia. Un ejemplo: Aparecida, en un momento, sufrió esta tentación bajo la forma de asepsia. Se utilizó, y está bien, el método de ver, juzgar y actuar (cf. n. 19). La tentación estaría en optar por un ”ver” totalmente aséptico, un ”ver” neutro, lo cual es inviable. El ver siempre está afectado por la mirada; no existe una hermenéutica aséptica. La pregunta era, entonces: ¿con qué mirada vamos a ver la realidad? Aparecida respondió: con mirada de discípulo. Así se entienden los números 20 al 32. Hay otras formas de ideologización del mensaje, y actualmente aparecen en Latinoamérica y el Caribe propuestas de esta índole. Menciono solo algunas:

a) Reduccionismo socializante. Es la ideologización más fácil de descubrir. En algunos momentos fue muy fuerte. Se trata de una pretensión interpretativa en base a una hermenéutica según las ciencias sociales. Abarca los campos más variados, desde el liberalismo de mercado hasta planteamientos marxistas.

b) Ideologización psicológica. Se trata de una hermenéutica elitista que, en definitiva, reduce el encuentro con Jesucristo y su posterior desarrollo a una dinámica de autoconocimiento. Suele darse principalmente en cursos de espiritualidad, retiros espirituales, etc. Termina por resultar una postura inmanente autorreferencial, que no sabe de trascendencia ni, por tanto, de misionariedad.

c) Propuesta gnóstica. Bastante ligada a la tentación anterior. Suele darse en grupos de élites con una propuesta de espiritualidad superior, bastante desencarnada, que termina por desembarcar en posturas pastorales de *quaestiones disputatae*. Fue la primera desviación de la comunidad primitiva, y a lo largo de la historia de la Iglesia reaparece en ediciones corregidas y renovadas. Vulgarmente se los denomina ”católicos ilustrados”, por ser actualmente herederos de la Ilustración.

d) Propuesta pelagiana. Aparece fundamentalmente bajo la forma de restauracionismo. Ante los males de la Iglesia, se busca una solución solo en la disciplina, en la restauración de conductas y formas superadas que no tienen una capacidad significativa, ni siquiera culturalmente. En América Latina suele darse en pequeños grupos y en algunas nuevas congregaciones religiosas, con tendencias exageradas a la ”seguridad” doctrinal o disciplinaria. Fundamentalmente es estática, si bien puede prometerse una dinámica hacia adentro: involuciona. Busca ”recuperar” el pasado perdido.

2. *Funcionalismo*. Su acción en la Iglesia es paralizante. Más que con la ruta, se entusiasma con la ”hoja de ruta”. La concepción funcionalista no admite el misterio, va a la eficacia; reduce la realidad de la Iglesia a la estructura de una ONG. Lo que vale es el resultado constatable y las estadísticas; de ahí se pasa a todas las modalidades empresariales de Iglesia. Constituye una especie de ”teología de la prosperidad” en lo organizativo de la pastoral.

3. *Clericalismo*. Es también una tentación muy actual en Latinoamérica. Curiosamente, en la mayoría de los casos, se trata de una complicidad pecadora: el cura clericaliza, y el laico le pide por favor que lo clericalice, porque en el fondo le resulta más cómodo. El fenómeno del clericalismo explica, en gran parte, la falta de adultez y de libertad cristiana en parte del laicado latinoamericano. O no crece —la mayoría—, o se camufla bajo cobertizos de ideologizaciones como las ya vistas, o en pertenencias parciales y limitadas. Existe en nuestras tierras una forma de libertad laical a través de experiencias populares: el católico como pueblo. Ahí se ve una mayor autonomía, sana en general, que se expresa fundamentalmente en la piedad popular. El capítulo de Aparecida sobre la piedad popular describe con profundidad esta dimensión. La propuesta de los grupos bíblicos, de las comunidades eclesiales de base y de los consejos pastorales va en la línea de la superación del clericalismo y de un crecimiento de la responsabilidad laical.

Podríamos seguir describiendo algunas otras tentaciones contra el discipulado misionero, pero creo que estas son las más importantes y de más fuerza en este momento de América Latina y el Caribe.

5. Algunas pautas eclesiológicas

1. El discipulado misionero que Aparecida propuso a las Iglesias de América Latina y el Caribe es el camino que Dios quiere para este ”hoy”. Toda proyección utópica —hacia el futuro— o restauracionista —hacia el pasado— no es espiritualmente sana. Dios es real y se manifiesta en el ”hoy”; hacia el pasado, su presencia se nos da como memoria de la gesta de salvación, sea en su pueblo, sea en cada uno de nosotros; hacia el futuro, se nos da como promesa y esperanza. En el pasado, Dios estuvo y dejó su huella: la memoria nos ayuda a encontrarlo; en el futuro, solo es promesa... y no está en los mil y un ”futuribles”. El ”hoy” es lo más parecido a la eternidad; más aún, el ”hoy” es chispa de eternidad. En el ”hoy” se juega la vida eterna.

El discipulado misionero es vocación: llamada e invitación. Se da en un ”hoy”, pero ”en tensión”; no existe el discipulado misionero estático. El discípulo misionero no puede poseerse a sí mismo; su inmanencia está en tensión hacia la trascendencia del discipulado y hacia la trascendencia de la misión. No admite la autorreferencialidad: o se refiere a Jesucristo, o se refiere al pueblo al que Él debe ser anunciado. Es un sujeto que se trasciende a sí mismo y se proyecta hacia el encuentro con el Maestro, que nos unge discípulos, y con los hombres que esperan el anuncio.

Por eso, me gusta decir que la posición del discípulo misionero no es una posición de centro, sino de periferias: vive tensionado hacia las periferias... incluso las de la eternidad en el encuentro con Jesucristo. En el anuncio evangélico, hablar de ”periferias existenciales” *des*centra, y habitualmente tenemos miedo a salir del centro. El discípulo misionero no tiene centro: el centro es Jesucristo, que convoca y envía. El discípulo es enviado a las periferias existenciales.

2. La Iglesia es institución, pero cuando se erige en ”centro” se funcionaliza y poco a poco se transforma en una ONG. Entonces, la Iglesia pretende tener luz propia y deja de ser ese *misterium lunae* del que nos hablaban los Santos Padres; se vuelve cada vez más autorreferencial y se debilita su necesidad de ser misionera. De ”institución” se transforma en ”obra”; deja de ser Esposa para terminar siendo admi-

nistradora; de servidora se transforma en ”controladora”. Aparecida quiere una Iglesia Esposa, Madre, Servidora, facilitadora de la fe y no tanto controladora de la fe.

3. En Aparecida se dan de manera relevante dos categorías pastorales que surgen de la misma originalidad del Evangelio y que también pueden servirnos de pauta para evaluar el modo en que vivimos eclesialmente el discipulado misionero: *la cercanía y el encuentro*. Ninguna de las dos es nueva, y ambas conforman la manera en que Dios se ha revelado en la historia. Es el ”Dios cercano” a su pueblo, cercanía que llega al máximo al encarnarse; es el Dios que sale al encuentro de su pueblo. Existen en América Latina y el Caribe pastorales ”lejanas”, pastorales disciplinarias que privilegian los principios, las conductas, los procedimientos organizativos... por supuesto, sin cercanía, sin ternura, sin caricia; se ignora la ”revolución de la ternura” que provocó la encarnación del Verbo. Hay pastorales planteadas con tal dosis de distancia que son incapaces de lograr el encuentro: encuentro con Jesucristo, encuentro con los hermanos. Este tipo de pastorales como mucho pueden prometer una dimensión de proselitismo, pero nunca llegan a lograr ni inserción eclesial ni pertenencia eclesial. La cercanía crea comunión y pertenencia, da lugar al encuentro; la cercanía toma forma de diálogo y crea una cultura del encuentro. Una piedra de toque para calibrar la cercanía y la capacidad de encuentro de una pastoral es la homilía. ¿Cómo son nuestras homilías? ¿Nos acercan al ejemplo de nuestro Señor, que hablaba «*como quien tiene autoridad*» (Mt 7,29), o son meramente preceptivas, lejanas, abstractas?

4. Quien conduce la pastoral, la Misión Continental —ya sea programática o paradigmática—, es el obispo. El obispo debe conducir, que no es lo mismo que ser autoritario. Además de señalar las grandes figuras del episcopado latinoamericano que todos conocemos, quisiera añadir aquí algunas líneas sobre el perfil del obispo que ya dije a los nuncios en la reunión que tuvimos en Roma. Los obispos han de ser pastores, cercanos a la gente, padres y hermanos, personas llenas de mansedumbre, pacientes y misericordiosos. Hombres que amen la pobreza, igual la pobreza interior como libertad ante el Señor, que la pobreza exterior como simplicidad y austeridad de vida. Hombres que no tengan ”psicología de príncipes”. Hombres que no sean ambiciosos y que sean esposos de una Iglesia sin estar a la expectativa de nada más. Hombres capaces de estar velando al rebaño que les ha sido confiado y cuidando todo aquello que lo mantiene unido: vigilar a su pueblo con atención ante los eventuales peligros que lo amenacen, pero sobre todo para cuidar la esperanza: que haya sol y luz en los corazones. Hombres capaces de apoyar con amor y paciencia los pasos de Dios en su pueblo. Y el sitio para que el obispo esté con su pueblo es triple: o delante para indicar el camino; o en medio para mantenerlo unido y neutralizar las desbandadas; o detrás para evitar que alguno se quede rezagado, pero también, y fundamentalmente, porque el rebaño mismo tiene olfato para encontrar nuevos caminos.

No quisiera abundar en más detalles sobre la persona del obispo, sino simplemente añadir, incluyéndome en esta afirmación, que vamos un poquito retrasados en lo que a conversión pastoral se refiere. Conviene que nos ayudemos un poco más a dar los pasos que el Señor quiere para nosotros en este ”hoy” de América Latina y el Caribe. Y sería bueno comenzar por aquí.

Os agradezco la paciencia al escucharme. Perdonad el desorden de la charla, y, por favor, os pido que tomemos en serio nuestra vocación de servidores del santo Pueblo fiel de Dios, porque en esto se ejercita y se muestra la autoridad: en la capacidad de servicio. Muchas gracias.